# ORACIÓN FÚNEBRE

QUE EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

POR EL ETERNO DESCANSO

DE

## S. M. EL REY

# DON ALFONSO XII

CELEBRADAS

EN EL

## REAL MONASTERIO DE LAS HUELGAS

EL DIA 4 DE DICIEMBRE DE 1885

PRONUNCIÓ


## EL SEÑOR D. MIGUEL NOVOA VARELA

LICENCIADO EN SAGRADA TEOLOGÍA

Y CAPELLAN DE HONOR HONORARIO DE SU MAGESTAD.



BU
717
18)



**BURGOS**

IMPRENTA DE AGAPITO DIEZ Y COMPAÑÍA.

1885

BPE Burgos
3350379 BU 1717 (18)
BU 1717 (18)

T.33077
C-1050379

R-91.439
BU-1717 (18)

# ORACIÓN FÚNEBRE

QUE EN LAS SOLEMNES EXÉQUIAS

POR EL ETERNO DESCANSO

DE

## S. M. EL REY

# DON ALFONSO XII

CELEBRADAS

EN EL

## REAL MONASTERIO DE LAS HUELGAS

EL DIA 4 DE DICIEMBRE DE 1885

PRONUNCIÓ

## EL SEÑOR D. MIGUEL NOVOA VARELA

LICENCIADO EN SAGRADA TEOLOGÍA

Y CAPELLAN DE HONOR HONORARIO DE SU MAGESTAD

**BURGOS**

IMPRENTA DE AGAPITO DIEZ Y COMPAÑÍA.

1885

# ORACIÓN FÚNEBRE

DE

# S. M. EL REY D. ALFONSO XII.

---

*Venit ad eos portans ramum olivæ virentibus foliis in ore ejus.*

(Gen. VIII. 11.)

Excmos. Srs. (1), Ilma. Sra. (2), distinguida Comunidad y hermanos mios:

¡Qué inexcrutables son los designios de la Providencia y qué incomprensibles sus caminos!

Áun no ha podido borrarse de nuestra imaginacion la horrorosa catástrofe de Murcia; áun parece que contemplamos aterrados los cadáveres flotantes, el silencio de las estinguidas familias y el estruendo de las aguas que se chocan, se atacan y prolongan gimiendo las venganzas de un Dios irritado;

Áun resuenan en nuestros oidos los tristisimos lamentos de Andalucía; parece que áun estamos viendo las nubes desgarradas por interminables relámpagos, arrojando siniestros resplandores, el rayo recorriendo los espacios, la tierra estremeciéndose, y la tempestad y el terremoto trasformando en montones de escombros y de ruinas, pintorescos valles, hermosas campiñas, populosas ciudades y aldeas, y arrebatando la existencia, la familia, la salud ó la fortuna á miles de séres queridos;

No ha desaparecido todavía la consternacion y el pánico que llevó de hogar en hogar, de pueblo en pueblo y de provincia en provincia, la epidemia colérica; áun lloran lágrimas los ojos y viste luto el corazon por tantas y tan preciosas vidas segadas en flor;

---

(1) Las autoridades civiles y militares.

(2) La Señora Doña Bernarda de Tagle, Abadesa del Monasterio.

Apenas hemos logrado conjurar el peligro de una guerra que habría de costarnos torrentes de sangre y rios de dinero;

Áun no hemos podido serenar el ánimo ante el horrible expectro del hambre que aparece en algunas de nuestras mas hermosas y florecientes comarcas;

Y ya el doblar de las campanas y el estampido del cañon nos anuncian una nueva desgracia, desgracia inmensa; una nueva prueba, prueba durísima; una nueva pérdida, la mas sensible de todas las pérdidas, la pérdida del que era nuestra esperanza, nuestro escudo, nuestro amigo, nuestro Patrono y nuestro Rey.

La muerte le ha arrebatado, en la primavera de la vida, al amor de su augusta familia que tenia en él todas sus complacencias, al amor de su jóven, fidelísima esposa que lo idolatraba, al cariño de dos ángeles que en él cifraban su porvenir, al respeto y las simpatías de Europa y al amor de su pueblo que le admiraba y quería cada dia más.

Yo no sé lo que siento, hermanos mios, al tener que ser panegirista fúnebre de este gran Rey. Parece que el corazon quisiera llorar en silencio.

Don Alfonso XII se presenta á mis ojos rodeado de tantos y tan extraordinarios resplandores, lo miro vestido de tanta luz y tanta grandeza, veo su hermosa frente circundada de tantas coronas, que al intentar decir algo en su elogio, temo que van á faltarme las fuerzas, que temblará mi lengua y voy á echar un borron en el gran cuadro de su gloriosa vida.

¡Espíritu superior, corazon magnánimo, ser providencial, tu nombre pasará de siglo en siglo cubierto de bendiciones, la historia reservará sus mejores páginas para tu reinado, breve por desdicha nuestra, y no habrán de faltarte nunca ni el recuerdo perenne y grato, ni las lágrimas, ni las oraciones del pueblo que te debe, entre otros muchos y muy grandes beneficios, el inextimable beneficio de la paz!

Sí; hermanos mios, *Don Alfonso XII, nuestro llorado mónarca, fué rey verdaderamente pacificador.*

No temais que al demostrarlo con la reseña de su vida, le prodigue alabanzas inmerecidas; no temais que reproduzca en la cátedra de la verdad las apoteósis con que Roma pagana hacia dioses á todos los príncipes cuando dejaban de ser hombres. Lejos de mi tal atrevimiento: la adulacion y la lisonja, mancha aborrecible en todos los labios, es insoportable en los del sacerdote; y sería sacrílega cuando se la arrastrase al pié de un catafalco.

Diré la verdad, la verdad sencilla, y la diré confiado únicamente en el auxilio celestial y en que vuestra notoria ilustracion me garantiza una benévola indulgencia.

*Venit ad eos portans ramum olivæ virentibus foliis in ore ejus.*
(GEN. VIII. 11.)

## I.

Era Don Alfonso XII, como sabeis, el mas jóven de los soberanos reinantes. De estatura regular, de gallarda presencia, de fisonomía dulce y simpática; en su traje modesto, en su comida parco, en su conversación afable y discreto, en su trato cariñoso y familiar: en todo prudente, digno, piadoso y benévolo, y por carácter y, quizá por hábito, especialmente entusiasta de la milicia. Gracias á su educacion esmerada y á su rara inteligencia, lo autiguo lo mismo que lo moderno, las ciencias exactas, la Historia, la Filosofía, el arte de la guerra le eran sumamente familiares, y encantaba oirle hablar á cada uno segun sus condiciones é ilustracion, al guerrero de sus campañas, á los cortesanos de sus intereses, á los políticos de los negocios de Estado, al artísta de sus inventos, á los sabios de los progresos científicos, y al viajero estudioso de sus descubrimientos en la naturaleza, en el desarrollo moral y material y en el gobierno de los pueblos.

Su mismo nombre evocaba toda una série de gloriosos recuerdos y constituía, á la vez, una legítima y consoladora esperanza. Alfonso I el *Católico*, Alfonso II el *Casto*, Alfonso III el *Magno*, Alfonso IV el *Monge*, Alfonso V el *Batallador*, Alfonso VI el *Bravo*, Alfonso VII el *Emperador*, Alfonso VIII el *Noble*, el *Santo*, como le llama esta casa, Alfonso IX el *azote de los moros*, Alfonso X el *Sabio*, y Alfonso XI el *Justiciero* lo llevaron tambien con gloria y brillan con luz inextinguible en el fondo de los siglos.

Llamado por la Providencia á empuñar el cetro de cien reyes, en un siglo agitado por el torbellino de todas las pasiones y en medio de una sociedad combatida por las tempestades de todos los antagonismos, su misión era delicada, dificilísima, poco menos que imposible.

Yo no sé si os habreis parado alguna vez á estudiar la situacion excepcional de todos los que ejercen autoridad en estos tiempos.

Ántes se educaba la humanidad en el regazo de la Iglesia, es decir, en la más alta escuela de obediencia, y formaban los pueblos un ejército disciplinado y humilde. ¡Cuán fácil era entonces gobernar; con qué prontitud, què docilmente era obedecida la autoridad, áun cuando estuviese representada en un niño, aunque la ejerciese una débil mujer! Ahora la humanidad se educa lejos de la Iglesia, en la so-

berbia, que es la mas alta escuela de insubordinacion; ¿y quién es capaz de gobernar un ejército de soberbios?

Ántes las familias, los pueblos, las razas, estaban separadas por grandes barreras materiales; pero íntimamente unidas por estrechos vínculos de un órden superior, por el mismo símbolo y el mismo decálogo. Ahora, no hay barreras materiales: gracias á los portentosos descubrimientos de la ciencia, los hombres triunfan del espacio y suprimen las distancias; ahora, atraviesan los mares con celeridad verdaderamente asombrosa y aproximan los continentes y los mundos; ahora, en alas del vapor, en un abrir y cerrar de ojos penetran las montañas, cruzan los valles y recorren las naciones; ahora, con la rapidez del rayo trasmiten su pensamiento por los hilos del telégrafo y se comunican, se escriben, se hablan y se responden del Ecuador á los Polos y de los Polos al Ecuador, como á distancia de algunos pasos. Ahora, caen las barreras en el órden material; pero se abren abismos y se levantan otras barreras mas fuertes y temibles en el órden social; porque las divisiones, los antagonismos entre razas, naciones, pueblos y hasta familias llegan á tal punto que, desde luego cada partido, pero ya cási cada hombre tiene su opinion, su programa, su bandera, su credo.

Por eso ahora, á la luz como en las tinieblas, unas veces visible y otras subterráneamente se hostiliza tanto á la autoridad y se trabaja con tanto empeño en la obra satánica de su demolicion, obra á que concurren á veces y sin quererlo, los mismos legisladores, los mismos gobernantes, los magistrados, los hombres de pluma, los de palabra y los de influencia. Por eso es tan difícil, casi imposible gobernar.

Esta division, estos antagonismos, no sé por qué, estallaron con mayor fruerza y se manifestaron mas en la España contemporánea; y eran ya el cáncer que corroía sus entrañas cuando apareció nuestro llorado monarca.

## II.

Nació Don Alfonso el día 28 de Noviembre de 1857. Pedido con lágrimas, esperado con viva impaciencia y reclamado por elevados intereses morales y materiales, este suceso, á la vez que vino á modificar profundamente un problema trascendental planteado y sostenido en el foro, en la cátedra, en la tribuna, en la prensa y hasta en los mismos campos de batalla, fué el ramo de oliva, prenda de engrandecimiento, nuncio de paz.

No es de extrañar que cuando el repique de las campanas, la bandera nacional y el estampido del cañon lo anunciaron llegasen á su colmo las explosiones de júbilo lo mismo en la Córte que

en las provincias. Era la satisfaccion purísima de un pueblo que ama, que pide, que merece y vé satisfechos sus mayores deseos.

Hermanos mios, lo que principalmente constituye el valor de un hombre es la educacion que recibe cuando niño. El hombre, como tal, no vale precisamente por el hecho de estar dotado de facultades y potencias nativas; sino por el grado y armonía con que las desarrolla y, salvo raras excepciones, bien puede decirse que la educacion es la medida de la grandeza humana.

Pero educar á un monarcas es difícil.

Para apreciar bien esta dificultad es necesario prescindir de este sencillo mundo nuestro y colocarse en el gran mundo aristocrático, donde son tantos los enemigos que hay que vencer y tantos los peligros que es menester evitar.

Yo no os señalaré mas que uno, por via de ejemplo, la vanidad.

La vanidad reina casi en absoluto en el mundo que brilla. Vanidad en las inteligencias; vanidad en la educacion; vanidad en el nacimiento; vanidad en el lenguaje; vanidad en las relaciones; vanidad en los adornos; y vanidad hasta en la religion. Peligro grave en el que muchos naufragan, enemigo terrible que trastorna y mata.

Bien lo sabía la augusta madre de Don Alfonso. Por eso púso especialísimo cuidado en confiar la educacion de su hijo á esclarecidos sacerdotes, militares insignes, hombres encanecidos en el estudio y la enseñanza de todos los ramos del saber y en la práctica de las virtudes.

Bajo su inteligente direccion y la solícita y amante mirada de sus padres se desenvolvía y crecía la inteligencia de nuestro Rey, lo propio en el órden natural que en el sobrenatural: la verdad penetraba en su alma sin el menor esfuerzo y quedaba en ella como en su residencia natal; el niño Alfonso no conocía otros goces que los goces de la inocencia ni otras caricias que las caricias de la familia: semejaba su vida un lago tranquilo, un espejo sin mancha, un purísimo cristal.

No es posible describir el encanto que esto producía en los autores de sus dias.

España ha contemplado con gozo y á veces con arrobamiento á la gran reina Isabel, alegre y sonriente con este hijo de bendicion en los brazos, de hinojos ante la imágen sacrosanta de María. Valencia la ha visto en el santuario de los Desamparados, Zaragoza en el Pilar, Asturias en Covadonga, Galicia sobre el sepulcro de Santiago, Leon en la Regla, Cataluña en Monserrat, Madrid en Atocha y en la Paloma, Búrgos en su monumental Basílica, y, vosotras, vosotras predilectas hijas de San Bernardo, vosotras la visteis y la acompañaisteis ahí, al pie del gran sepulcro del inmortal vencedor de las Navas,

implorando la proteccion de la Reina de los Angeles y los auxilios del Señor para su querido hijo Alfonso. ¡Ah! ¿cómo habian de ser infecundas aquellas lágrimas, ni estériles aquellas plegarias?

## III.

Pero Dios prueba á los que ama, y prueba más á quienes más ama. Acordaos de Job, acordaos de los apóstoles, acordaos de los mártires, acordaos de la misma Reina de los Angeles.

Grande fué sin duda, la prueba á que se dignó sujetar á nuestro Rey, una de las mas duras para un alma inocente y un corazon sensible; la separacion de la casa y del país natal, que para todos encierra gratísimos recuerdos y atesora encantos indecibles.

Don Alfonso ha tenido que salir de España, ha tenido que refugiarse en tierra extranjera y vivir bajo un cielo que no era el cielo de su idolatrada pátria y en un pueblo que no era su pueblo; pero Don Alfonso marchando al destierro no era el Rey que abandona y huye; era el padre amante que se sacrifica y esfuerza por evitar á sus hijos la mas negra de todas las manchas, el mas aborrecible de todos los crímenes; era ya el Pacificador.

Apartemos los ojos, los sucesos que motivaron aquella triste separacion; juzgados están por Dios sus autores; respetemos sus cenizas, y sigamos admirando á nuestro monarca.

Siento que me faltan las fuerzas y el tiempo necesario para detallaros los brillantes rasgos é interesantísimos episodios de su destierro. París y Lóndres, Viena y Berlin los han presenciado; las principales escuelas de Europa no han olvidado todavia y recuerdan aún con orgullo al príncipe español, modelo de discípulos obedientes, dóciles, estudiosos y aprovechados.

Hay, sin embargo, un hecho que no puedo pasar en silencio. Tuvo lugar bajo el hermoso cielo de Italia, en el gran Palacio del Vaticano. Allí, en presencia de la Córte Pontificia y de heróicos generales, altos dignatarios y nobles españoles, cortesanos de la desgracia, se ofreció un espectáculo digno de la admiracion del mundo, de los ángeles y de los hombres. Un anciano venerable, de cabellera y vestiduras blancas como su conciencia, estrechaba contra su pecho á un inocente y hermoso niño, á quien acababa de robustecer con el manjar celestial y confirmar en la fé, y á quien con lágrimas en los ojos daba consejos de virtud y de paz. El anciano era Pio IX el bondadoso é inmortal Pio IX, y el niño Don Alfonso de Borbon.

¡No han sido desoidos ni olvidados tus consejos, ángel santo del siglo XIX, tus palabras fueron desde aquel dia la norma de vida de tu ilustre y querido ahijado!

En tanto Don Alfonso se preparaba asi al espinoso y difícil cargo de reinar, seguia su marcha demoledora la demagogia triunfante en España. Saqueados y profanados los templos, en nombre de la libertad de cultos, sitiados por hambre y perseguidos sus ministros, y arrojadas á los vientos de la duda, del desprecio y del escarnio las santas creencias de nuestros padres; duplicada y triplicada nuestra deuda pública, al grito de moralidad, llegando la dilapidacion á extremos inconcebibles; convertida en cátedra de escándalo y objeto de ludibrio á los ojos de la civilizada Europa la representacion nacional; arrojadas de sus pacíficos asilos, inocentes é inofensivas damas y deportados á centenares, pacíficos ciudadanos; incendiadas populosas ciudades; arrancada del seno de la familia la marca que mas la embellece y rebajada la santidad del hogar al nivel de torpe y execrable concubinato; ardiendo la guerra del lado de acá y del lado de allá de los mares y arrastrada la corona de la señora de dos mundos á los piés de las córtes de Europa.... para encontrar algo parecido á nuestra situacion entonces seria preciso retroceder hasta Constantinopla en los tiempos de Mahomet ó á los dias de Jerusalen durante el asedio de Tito. Dios se apiadó de nosotros: tanta sangre derramada, tantas lágrimas vertidas, tal luto y desolacion debieron mover sin duda su divina misericordia, y se dignó poner término á nuestro doloroso calvario y tristísima orfandad.

En medio del mayor entusiasmo fué proclamado Don Alfonso en los gloriosos campos de Sagunto.

## IV.

Mientras corría la noticia de boca en boca, de pueblo en pueblo y de provincia en provincia; mientras la bandera de España era paseada en triunfo entre aclamaciones é himnos patrióticos; mientras resonaban en nuestras suntuosas basílicas y modestas iglesias parroquiales los conmovedores acentos del *Te Deum*; mientras todos los pechos nobles se disponian á recibir al augusto y deseado Príncipe, este jóven en quien apenas apuntaba el bozo, este niño imploraba del Vicario de Jesucristo la bendicion apostólica para su nuevo reinado.

¿Habeis visto con qué pompa y profusion de luz empieza el sol su carrera, con qué color hermosea la naturaleza y qué magnificencia ostenta? Asoma por el horizonte como el jóven esposo que sale de su cámara nupcial para aparecer en el dia solemne de sus bodas; desde el primer instante su brillo rebosa de suavidad, todo aplaude su llegada, todas las miradas se dirigen á él y para recibir los primeros saludos de todos se hace anexible á todos los ojos. Tiene órden de esparcir el calor, la luz y la vida,

y vez cual une la dulce magestad del esposo á la rápida carrera del gigante! Y corre y se apresura, menos cuidadoso de su interés que de su deber, lanzando mas rayos á medida que asciende; y vivifica cuanto alumbra y alcanzan sus llamas penetrantes hasta los mismos parajes donde no pueden llegar sus rayos.

Así fué el reinado de nuestro llorado Monarca.

Ni el lapiz, ni la pluma, ni el pincel, ni la misma fotografía pueden darnos una idea aproximada del entusiasmo, del frenesi, del delirio de la capital de la Monarquía en la entrada de Don Alfonso XII.

En su corazon no traia rencores ni odios, que no cabian en aquel pecho; como la cándida paloma del diluvio era el portador del ramo de oliva; su bandera y su prográma eran la bandera y el prográma de la bendita paz.

¡Y qué admirablemente lo realiza!

¿Queréis conocer sus sentimientos religiosos? Preguntad en el Vaticano; y en el Vaticano os dirán que el primer cuidado, el primer acto político de Don Alfonso XII, fué restablecer las interrumpidas relaciones con la Santa Sede y estrecharlas hasta el punto que manifiestan repetidos actos de marcada predileccion reciproca entre el Vicario de Jesucrito y el Rey de España, el último y mas elocuente de los cuales fué, como sabeis, la mediacion Pontificia en el conflicto hispano-aleman.

Preguntad á monumentales fundaciones históricas; preguntad al Escorial, al gran Hospital del Rey, á este Monasterio insigne; y ellos os dirán con qué solicitud, con qué paternal cariño los auxiliaba y protegia Don Alfonso XII;

Preguntad á los asilos é institutos de beneficencia; y se levantarán á millares á responder que á Don Alfonso XII deben su fundacion, su conservacion ó su restablecimiento;

Preguntad á ese ejército ilustre de bizarros campeones de la paz, á las comunidades religiosas proscritas de esta hidalga tierra, desde antiguo país clásico de la hospitalidad; y os responderán que Don Alfonso abrió las puertas de España lo mismo á sus hijos que á los ilustres expulsados de Francia; alguna, muy benemérita y de brillantísima historia por cierto, os podrá decir más, que Don Alfonso se ha dignado confiarle la octava maravilla del mundo.

¿Queréis conocer su amor á los progresos de la Agricultura? Preguntad á ese ejército de hombres que pasan la vida cultivando y fecundando la tierra; y os dirá que Don Alfonso XII consagró perseverante atencion al mejoramiento de la clase agrícola;

¿Queréis conocer sus pensamientos acerca de la industria? Preguntad á ese ejército de hombres que consumen su existencia,

domando, subyugando y modificando la materia; y os dirá que la industria española debe su principal incremento al poderoso impulso del reinado de Don Alfonso XII, como se lo deben el comercio y las artes;

¿Queréis conocer su interés por la fuerza armada? Preguntad á nuestros bizarros y valientes soldados; y os contarán como le vieron en los campos de batalla, en ejercicios, simulacros y maniobras, en el estudio de delicadas y necesarias reformas, y con desprecio de la salud y riesgo de la vida, recorriendo los cuarteles y restableciendo la disciplina en dias de zozobra y de inquietud para la pátria;

¿Queréis conocer su amor entrañable al pueblo? Preguntad en Murcia cuando las inundaciones, en Granada y Málaga cuando los terremotos y en Aranjuez y Madrid cuando el cólera, y donde quiera que hubo progreso que acometer, lágrimas que enjugar, desgracias que remediar ó males que combatir; y os dirán que vieron siempre en el primer puesto del peligro ó de la gloria á Don Alfonso XII.

¿Queréis conocer su valor personal? Preguntad en las calles de Madrid cuando los repetidos conatos de regicidio ó en las de París ante un pueblo tanto mas imponente y temible, cuanto mas extraviado y ciego.

¿Y qué diré de su amor á la familia? ¿necesitaré citar á aquel ángel que se llamaba Doña Mercedes de Orleans? ¿Necesitaré citar á la virtuosísima y augusta Doña Cristina?

¿Queréis conocer su talla como hombre de Estado? Mirad con qué consumado tacto se conduce en las diferentes, laboriosas y difíciles crisis de sus gobiernos; miradle en el reciente conflicto internacional conciliando la altivez y el noble orgullo de su gran corazon castellano con la prudencia del mas experto político.

Hermanos mios; Reyes que hayan hecho tanto por su patria como Don Alfonso habrá pocos, que hayan hecho más, ninguno.

¿Qué significa en medio de tantos horizontes inundados de luz, algun punto oscuro que parece quiere descubrir el ojo avizor de sus enemigos?

## V.

Pero ¡oh desdicha! Cuando todo le sonreia, cuando á sus pies se abrian nuevos y dilatados horizontes de gloria, en la flor de sus años, cuando España gozosa le contemplaba con mas orgullo, cuando mas necesaria era su inteligente direccion, Don Alfonso XII se vé acometido por mortal dolencia. La noticia se comunica con la rapidez del rayo; todos los ojos lloran, todos los labios

ruegan; no hay quien no se acongoje; solo el augusto enfermo está sereno; digo mal, no está sereno: sus labios murmuran algunas palabras, palabras de sentimiento por el porvenir de su jóven esposa, de sus encantadoras hijas y de su querida España, y fervorosas oraciones al Criador. El Eminentísimo Cardenal que le asiste le infunde alientos y esperanza, y le conforta con los auxilios de la religion.

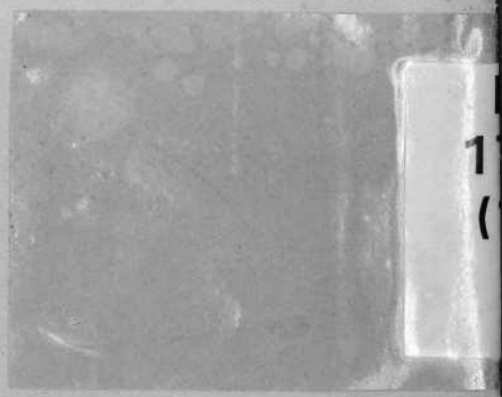
La enfermedad progresa. Mortales sudores bañan la frente del augusto enfermo. Sin despedir el menor lamento, sin exhalar un suspiro, muere tranquilamente el dia 25 de Noviembre, áun no cumplidos 28 años de edad.....

¡Ah Rey incomparable, por nosotros sin duda mueres, por que no eramos dignos de tí; que tú no debieras morir, debieras vivir siempre para ejemplo y estímulo de todos!

Don Alfonso ha muerto; pero Don Alfonso vive; vive en el corazon de su jóven desolada esposa; vive en el corazon de esta ilustre Comunidad, que nunca olvidará sus bondades y su cariño y vive en el corazon de España.

Sirva esto de lenitivo á tu angustiado corazon, augusta y desolada Reina Cristina.

## VI.

Pero, hermanos mios, Don Alfonso no era un ángel; era hombre sujeto á las humanas flaquezas.

Si acaso su alma se halla detenida en la carcel de expiacion; si tiene áun algo que purificar, elevemos nuestras oraciones al Señor para que le lleve á participar de la corona reservada á los pacíficos. Descanse en paz el Rey pacificador..... *Requiescat in pace.*— AMEN.